

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo añoraba, aunque no sabría decir el qué.

Allí la gente era tan diferente...

Para empezar resultaban amables, como las personas humildes suelen serlo.

Cuando llegaban los extranjeros, los trataban de un modo acogedor, mientras ellos, incluso los religiosos y los que trabajaban para las ONGs, se mostraban despectivos y altaneros.

Suponía que los romanos, durante la época de dominación de sobre las tierras de Europa, se habían comportado de un modo semejante.

Seguro que tampoco eran joviales, como les sucedía ahora los occidentales, que en eso no se parecían en absoluto a los africanos, siempre cantando y bailando con el corazón lleno de alegría.

Ellos carecían de desarrollo tecnológico y científico, pero del resto eran iguales a pesar del color de la piel.

No en vano Jesucristo había luchado por esa igualdad en tiempo de los romanos, aunque ahora nadie parecía darse cuenta del sentido de esa creencia por haber sido convertida por el imperio en dogma a la fuerza.

En su país había iglesias a montones tanto cristianas como mahometanas, ya que eso parecía lo único que les interesaba a los gobernantes, que a cambio recibían importantes ingresos, que luego invertían en armas y en soldados.

Aunque la religión de los cristianos le parecía un poco mejor, no le había quedado más remedio que pasar por el aro de los árabes.

Mientras vivía allí, fingía, como el resto, obedecer a los ritos sociales del grupo al que pertenecía a pesar de resultarles terriblemente injustos y crueles, en especial con las mujeres, a las cuales denigraban sin compasión.

El animismo, la religión pura y simple del poder del alma, aunque estaba cada vez peor considerada, podía resultar más útil, y llegaba incluso a curar enfermedades.

Eso sí, siempre que se utilizara para hacer el bien, porque también estaban los que empleaban la fe de las personas para mantenerlas atemorizadas, como sucedía con las demás doctrinas.

El ejemplo era que muchas de las mujeres africanas que trabajan como prostitutas habían sido sometidas a prácticas de ese tipo en sus países de origen.

Pensándolo bien, si eran capaces de soportar aquello por temor a que a alguien de su familia le sucediera algo malo, cuánto amor debían albergar en su corazón.

Y es que en el fondo, aunque las mujeres africanas no representaran el modelo de belleza dominante, le parecían mejores.

Lástima que las mayoría de las que llegaban a Europa, se encontraran subyugadas por los proxenetas.

En realidad lo que echaba de menos era el contacto con una persona del sexo opuesto perteneciente a su misma cultura, con la que además pudiera compartir su lengua materna, el wolof, y así fuera capaz de comunicarse de verdad.

Hacía tiempo que venía sintiendo la desagradable sensación de encontrarse desplazado del núcleo de la vida, la matriz de la naturaleza, es decir de Dios.

Se había dado cuenta de que ya no disfrutaba de la existencia con la misma intensidad.

Ni siquiera del sexo, el único medio que uno podía encontrar en el mundo civilizado para fundirse con el alma universal, le satisfacía plenamente.

Entonces, viéndose reflejado en sueños en los ojos de una mujer de su mismo color, se siente dichoso.